

Mark Burdman, un caro colega que hizo historia

Mark Burdman, nuestro caro colega, quien falleció el 8 de julio luego de una larga enfermedad, tenía un espíritu indomable y un sentido del humor a veces un tanto socarrón, con el que abordaba tanto a amigos como enemigos. A ese respecto, no difería mucho de su mentor Lyndon LaRouche, quien combina los pensamientos más profundos tocantes al hombre y la naturaleza, con una capacidad increíble de “divertirse”.

Cuando la muerte se lo llevó prematuramente, Mark Burdman sólo tenía 55 años de edad. Había militado en las filas de la asociación filosófica y política de LaRouche desde 1973, luego de abandonar una beca considerable de la Universidad de Princeton, para dedicarse de tiempo completo a mejorar al mundo a través de la actividad política. Se concentró en el sector de inteligencia del movimiento larouchista, husmeando y escarbando e interviniendo, en especial entre los círculos de la oligarquía o la clase política más dedicados a destruir a la humanidad.

Mark Burdman empezó su actividad en la ciudad de Nueva York, pero en 1980 se mudó a Wiesbaden, Alemania, donde desempeñó una función decisiva en desarrollar la capacidad de inteligencia de ese centro durante los siguientes 19 años, junto con su esposa Mary y su hijastra Jessica.

Mark era un neoyorquino consumado, versado en los clásicos, fluido en el alemán y el francés, dedicado a la tradición humanista del judaísmo, y con un compromiso a representar y diseminar la cualidad singular de la cultura republicana estadounidense, de la cual él también era producto. Estaba resuelto a *hacer* historia, no sólo a relatarla u observarla, y logró su intención.

Para los que no conocen el movimiento de LaRouche, un examen de la vida de Mark sería muy ilustrativo. Mark Burdman era uno de los miembros más productivos del movimiento larouchista, y en cierto sentido era representativo de las cualidades que el participar en él hace florecer en el individuo, y del cometido para con el futuro de la humanidad.

Como el niño en el cuento de Hans Christian Andersen, “El traje nuevo del emperador”, el juetón Mark Burdman se deleitaba diciendo esas verdades que le bajan los humos a los más pomposos funcionarios y a los enemigos

de la humanidad. El ejemplo más relevante de esto fue el trato que le dio a Henry Kissinger, a quien rastreaba por todo el mundo, a veces con éxito, para limitar la maldad que pudiera hacer. Mark puso al descubierto muchas de las artimañas financieras del Gordo Henry, incluyendo los infames timos de bienes raíces que llevaba a cabo en Cisjordania y otros territorios ocupados por Israel, en 1982; sus intrigas para armar guerras en el Oriente Medio y en otras partes; y algunos otros de sus sucios juegos geopolíticos. En más de una ocasión, Kissinger llegó a una capital europea, sólo para enterarse de que Mark Burdman le había preparado una recepción apropiada, ya sea divulgando sus crímenes, o por un método parecido.

A veces, en su columna “Kissinger Watch”, en *EIR*, Mark Burdman le daba especial relevancia al hecho de que Kissinger era una vergüenza para el judaísmo humanista, con algunos de cuyos representantes, tales como Nahum Goldmann, Mark conversaba acerca de cómo resolver los problemas de la era. ¡Uno de sus descubrimientos fue que el rabino de la familia Kissinger había repudiado a éste!

También le tenía puesto el ojo a la familia real de Inglaterra. Por ejemplo, Mark reveló que el dizque eucumenismo del príncipe Felipe no era más que un ardid para propalar la genocida ideología ambientista, como evidencia la cita del propio Príncipe, de que, de reencarnar, quisiera hacerlo como un virus del sida para “resolver el problema de la sobrepoblación”.

Quizá por esto, Mark se ganó seguidores en Gran Bretaña, quienes apreciaban su candor sobre la familia real y querían sostener una conversación inteligente sobre las ideas y estrategias planteadas por LaRouche.

Mark Burdman nunca propiciaba a las “autoridades”, sino más bien ponía al descubierto su “mentecato interno”. Semejante cualidad sólo es posible en aquéllos que están seguros de su propia identidad como actores políticos por la humanidad.

El mejor tributo que podemos brindarle a Mark Burdman es invocar su memoria y usar sus contribuciones para enriquecer nuestros dones a la humanidad, con una dedicación total al triunfo de la causa por la que Mark luchó hasta su muerte.